de las buenas y de las santas por la parte de España, daría todas mis cruces—¡y las quiero como á las telas de mi corazón!—por tal de no haber probado aquel maldito pan de la guerra.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LA CABEZA ENAMORADA

I

A Jacinto Octavio Picón.

Cerca del punto en que la calle del *Mesón de Paredes* desemboca en la *Ronda de Valencia*, y ante el portal de un zapatero instalado en una casa baja, miserable y sucia como las más de aquel vecindario, formábase á la continua ancho cerco de gente, donde abundaban los chicuelos, que, parada en la acera y con expresión como de sorpresa y asco, miraba hacia dentro, como si allí hubiese alguna rara alimaña ó curiosidad fisiológica de las que tanto público llevan á las barracas de ferias ó verbenas.

—¿Qué es eso?—preguntaban los forasteros ó trashumantes que por aquellos contornos circulan.

—Nada... un *cenómeno*—apresurábase á contestar alguna bien enterada y oficiosa vecina

—Dios guarde á usté, señora—saltaba otra encarándose con la zapatera, que con gesto contraído aguantaba el irritante fisgoneo.—Y, aunque sea mal preguntao, ¿es su hijo ese infeliz?

—¡Por mi desgracia!—respondía concluyentemente la interpelada.

—¡Pos lo que es pa vivir así!...

—Le valiera más no haber nacido... ¿verdad? —observaba con amargura la madre.—¡Pero cuando Dios lo ha puesto en este mundo!...

Y eso era lo mejor entre lo mucho y muy grosero que la pobre Mónica, la zapatera, veíase forzada á oir y soportar hora por hora, y ¡gracias que el continuo asalto y tiroteo se quedase sólo en palabras! porque cuando las hostilidades partían de la chiquillería astrosa y turbulenta del barrio, solían ir los denuestos traducidos en tronchos, patatas, mondaduras de fruta, guijarros de la calle ó fango del arroyo, versión fidelísima todo ello de los sentimientos que descubría.

No quiere esto decir que todas las gentes del barrio y las que por él discurrían fuesen malas, sino que el pueblo es así, tan crudamente espontáneo, que de puro ingenuo suele ser bárbaramente cruel. Y expresadas tan en bruto, la compasión y la rechifla eran igualmente sangrientas para la infortunada madre.

Cierto que el objeto de la curiosidad y la repulsión generales era el más propio para mover una y otra, porque el hijo de los zapateros, que en aquel tiempo tendría cinco años, era una repugnante aberración de la naturaleza, una cruel degradación del noble tipo humano, algo indecible, así como el remedo asqueroso de un niño por un sapo informe, como la caricatura trágica de un ángel. Porque la monstruosidad del pobre Monchito—se llamaba Ramón—consistía en no ser más que una cabeza,

grande, bien proporcionada, inteligente, casi hermosa, pero cómicamente erigida sobre un cuerpecillo liliputiense, flácido, gelatinoso, que para mantenerse derecho había menester estar encerrado en un saquillo con armazón de ballenas que le sostuvieran y relleno de algodones que le preservaran del roce contra todo cuerpo duro. Así, el pobre Monchito era una cabeza engarzada en repulsiva excrescencia que parodiaba en proporciones inverosímilmente pequeñas la figura humana.

Desconsuela reconocernos tan apegados á la forma, que un sér así nos parezca indigno de los besos maternales, de las gracias de la niñez y hasta de albergar un alma. Sin embargo, es tan grande el predominio del espíritu sobre la carne y el poderío del amor sobre todo, que, para sus padres, Mónica y Ramón, era aquella criatura tan bella y adorable como la más perfecta de las nacidas. Y aún le querían más; que la Providencia hizo tan á su semejanza el amor paterno, que le dió la virtud de crecer á medida de la desventura de los hijos. Así, los coloquios del matrimonio con su monstruoso nene eran tan tiernos cuanto cómicos, y los apasionados requiebros de la madre á su mísera criatura hacían llorar y reir al mismo tiempo.

II

Para colmo de su desgracia, á los seis años de nacido Moncho, envió Dios al matrimonio un niño bien proporcionado, hermoso, perfecto, que, sin duda por sabio designio del cielo, mu-

rió á las pocas horas de nacido, pues á vivir sirviendo de comparación constante entre lo bello y lo deforme, quizá hubiera sido la mayor desventura para el pobre fenómeno. Pero, ¿cómo no habían de dolerse los padres de que la muerte les llevase al hijo hermoso, dejándoles al monstruo enfermizo y raquítico?

La necesidad obligó á Mónica á vender para una criatura extraña la leche que no pudo dar al malogrado hijo, y entró á criar una niña en casa de un comerciante de la calle de Toledo.

Merceditas, la niña á quien lactaba Mónica, era un prodigio de belleza infantil, suave y mórbida; y con criarse fuerte y robusta, era tan exquisitamente delicada, que parecía frágil como primorosa figurilla de Sajonia. La magia inimitable con que la naturaleza había sabido unir la sana redondez con la miniaturesca sutileza de aquellas sedosas carnecitas, constituía su mayor hechizo.

Desde que Moncho vió á su hermanita de leche, en vez de celos de su belleza ó envidia del cariño que Mónica la prodigaba, sintió por la nena adoración inconsciente é inefable, que sólo se manifestaba en una sonrisa, nunca hasta entonces amanecida en sus labios, y que como luz interna brotaba de ellos y difundiase por su inocente faz premarchita, encendiéndola en fulgor de vida sobrehumana.

Cuando Mónica vió, con gratísima sorpresa, que la niña era para su Moncho, en lugar de objeto de envidia, fuente de goce y de alegría nunca por él gustada, menudeó cuanto pudo las visitas al portal donde Ramón cuidaba del fenómeno mientras ella vivía en casa de sus amos.

Y cuanto más veía Moncho á Merceditas, más la quería y se familiarizaba con ella. Al principio tenía miedo ó vergüenza de acercársele, temor ruboroso de tocarla, como si aquel divino sér tan bello y perfecto fuese algún bien superior, inaccesible y vedado á sus manos esqueletadas y á sus labios de cadáver.

¡Tristes revelaciones del instinto! El infeliz Moncho no se creía digno ni aun de mirar á Merceditas. ¿Por qué? El no hubiera sabido explicarlo; pero en la crepuscular inteligencia que llenaba aquel sér todo cerebro, flotaba una ideal sensación, un reverente arrobamiento como el que hacía á los primeros pobladores de la tierra postrarse ante la faz esplendorosa de los astros.

III

Cuando Moncho tenía once años y Merceditas cinco, logró Mónica, por medio de los padres de la nena, la portería de la casa en que éstos habitaban, propiedad de un tío de dichos señores.

Una portería para un matrimonio pobre, es más que un canonicato para beneficiado viejo; pero para Moncho, fue aquél bien harto mayor que para sus padres: fué algo semejante á conseguir una ventana con vistas al Paraíso.

En aquella casa vivía Mercedes, y, agazapado en su cuchitril del portal, podría él verla diariamente, sin arrostrar las desalmadas rechiflas de la golfería callejera.

Y hasta con creces se colmaron sus aspira-

ciones, porque la muñequita de carne no sólo pasaba á diario ante la portería, sino que entraba en ella y estábase allí largos ratos embobada con los regalos y mimos de su nodriza.

Por fuerza que la nena llevaba luz en los ojitos azules, entre las acapulladas manitas y en los anillados cabellos de oro, porque apenas entraba en el obscuro zucucho porteril, todo se alegraba y resplandecía, y, más que nada, la siempre torva y semicadavérica faz del monstruo. La presencia de la niña reflejaba en ella como el sol en árida roca, encendiéndola y aureolándola de efluvios de vida.

Para el alma desolada del monstruo, la aparición de su amiguita era lo que sería un rayo de luna filtrándose en los senos más hondos de una caverna donde nunca hubiese bajado luz.

—Cuando entra la niña, mi Moncho revive—decía Mónica, resplandeciente con el gozo que reanimaba á su hijo; y ansiosa de prolongarlo, la pobre madre retenía cuanto le era posible á Merceditas.

Moncho, por su parte, realizaba cuantos milagros de habilidad y de arte espontáneo sugeríale su despiertísimo ingenio para atraer y divertir al arrapiezo inconstante, antojadizo y voluble, como mariposa que por instinto de belleza obstinárase en batir sin descanso las alitas irisadas.

Cuando más afanado estaba el fenómeno en construir los últimos *combatientes* de los dos ejércitos de pajaritas de papel de diferentes colores y banderas, que, impelidos desde opuestos lados por los valientes soplos de Moncho y de Mercedes, habían de embestirse en formidable

encuentro, caían de improviso las manecitas del diablejo sobre tirios y troyanos, rajaban, hendían, abollaban y machucaban á los más belígeros campeones, y, ensañándose con los mutilados cadáveres para su total destrucción y afrenta, daban con ellos en el agua ó en el fuego, en el jabonoso *pantano* de la jofaina ó en la ardiente *pira* del brasero.

Las diabluras de la nena solían costar lágrimas al triste Moncho, y más cuando tales tropelías, cometidas con obras de su ingenio, iban acompañadas de inconscientes pero crueles insultos al autor, cuya deformidad excitaba no pocas veces la risa ó el desprecio del travieso idolito.

Sentía Moncho al par del alma aquellos desprecios, y pasábase la mitad de los días llorándolos, y la otra mitad esperando á la nena y soñando en agradarle.

IV

Como la vida no para en su labor transformadora, en pocos años hizo de Merceditas un milagro de belleza juvenil; pero como á la par de la vida que formaba el cuerpo, trabajaban los padres afanosa cuanto inconscientemente en la deformación del alma, aconteció que, al paso que la Naturaleza cincelaba la carne, la vanidad, el mimo y la ignorancia de aquellas vulgarísimas gentes afearon poco á poco el espíritu de la gentil criatura hasta hacer de ella una burguesita insoportable.

Pasábase la vida ensayando *toilettes* y pei-

nados al espejo, atormentando al piano ó leyendo novelas erótico-incendiarias ó folletines criminalistas; mal hablaba el francés, ignoraba el castellano, cantaba *flamenco*, adoraba todo lo extranjero y avergonzábase de sus padres por ignorantes y ordinariotes.

Las palabras religión, trabajo, obediencia, orden, cuanto significa deber, disciplina ó vencimiento propio, eran para ella letra muerta, porque sus padres habíanla educado para ídolo, y este papel no hay quien no lo aprenda maravillosamente.

Inútil es decir que, á medida que la diosa crecía é iba irguiéndose sobre su altar, la distancia entre ella y Moncho aumentaba en alarmante progresión.

Desde que Merceditas comenzó á adorarse á sí misma, dió en despreciar con verdadera dureza al pobre monstruo; su presencia la molestaba, la *descomponía* — según su frase,— y hubiérase dicho que las miradas de la diosa temían el contagio de semejante fealdad.

En cambio, por doloroso contraste, al paso que crecían los encantos de Mercedes, crecía el amor del pobre fenómeno, para quien la virgínea hermosura de la niña era algo ultramundano y beatífico, el alma de él, su aspiración á lo bello y sobrenatural, objetivada.

Para Moncho, que no tenía cuerpo que tradujese las tendencias de la juventud á toda gentileza, lucimiento y gallardía; para Moncho, privado de expresar con el gesto, la apostura y arrogancia corporal los innatos alardes estéticos de la mocedad; para el mísero homúnculo, sin piernas que lo mantuvieran ni torso robusto

en que ostentar la noble cabeza pensadora; para el hombre-larva que no podía gustar las dulzuras de la vida ni casi ver la luz del sol, porque no le era dado salir de su negro agujero sin excitar la burla feroz de las gentes; para aquella alma de ángel alojada en cuerpo de monstruo, no había más cielo, ni más astros, ni más vida, ni más etérea y divina idealidad que Mercedes.

Cuanto á él le faltaba, teníalo ella; cuanto deseaba él, en ella estaba; cuanto soñaba, lo era ella.

¿Quién, al ver aquella rastrera cabezota que, con ayuda de sus tentáculos de pulpo, rodaba casi al haz del suelo, hubiera adivinado dentro de tan horrible sér tanta hermosura? ¿Ni quién, ante la deslumbradora beldad de Mercedes, sospechara en cuerpo tan perfecto alma tan deforme y monstruosa?

Pasaba la niña radiante de vanidad y fascinación en el carro de oro de su juventud triunfadora; yacía el pobre fenómeno en su obscuro antro como alimaña repugnante; pero... ¿gozó alguna vez Mercedes los ensueños divinos que alumbraban la vida interna de aquella idealista cabeza enamorada?

Mas de todos aquellos arrobos y deliquios, de aquel paraíso interior, ¿traslucíase algo á lo exterior del monstruo?

Para quien supiese leer fisiología animada, los secos perfiles, la nerviosa movilidad, la ascética marchitez de aquella faz ensoñadora, el intenso brillo de sus negros ojos profundos, la densa palidez de la ancha frente modelada por la idea, decían altamente la apasionada activi-

dad de aquel fuego sin combustible, de aquel cerebro sin cuerpo, de aquel espíritu sin carne. Pero... Merceditas ¿qué sabía de todo eso? Ella era la carne brutalmente egoísta y exigente, la juventud segura de su fuerza y arrogancia, la belleza engreída de sí misma, la flor de un día ébria de su perfume perturbador, la vida moderna frívola, descaminada de todo alto destino, ávida de todo material deleite y refinada voluptuosidad: el cuerpo sin alma.

Moncho, en cambio, era el alma sin cuerpo, el sentimiento puro y devorador como la llama, el romanticismo eterno, monstruoso de forma, divino en la esencia. ¿Cómo habían de comprenderse?

V

Cada vez estaba Mercedes más lejos de Moncho, y Moncho más poseído de ella.

Por miedo á las burlas infantiles, no fué él nunca al colegio; pero su padre, que leía y escribía medianamente, inicióle en ambas artes, y pronto el chico aventajó notablemente á su maestro. Sentado en alto sillón de brazos y apoyados los suyos en la ancha camilla porteril, pasábase horas y horas bebiendo ansiosamente cuantos libros podía allegarle la solicitud paterna. Y cuanto leía, cuanto pensaba, convertíalo en alimento de su pasión, en combustible de la hoguera que lo devoraba.

Una tarde en que Moncho se hallaba embebido en su lectura, asomóse Mercedes á la puerta y le arrojó este cruel saludo, envuelto en estrepitosa carcajada: —¡Adiós, *cabeza*—así solía llamarle,—ahora que no se te ve á cuatro patas, casi pareces una persona!

El grosero chiste costó á la pobre *cabeza* tres días de llanto y tres noches de insomnio febril.

Apenas repuesto de aquella dolorosa crisis, el pobre fenómeno, á quien la edad había dado alguna más fortaleza de miembros, acometió una empresa para él casi imposible. Había oído que en la huerta de unos amigos, cerca de San Isidro, crecían tantas violetas, que podían segarse, y como á Mercedes le gustaban tanto... ¡Si él saliese de madrugada de su casa, y arrastrándose, arrastrándose, lograra ir, y volver al rayar el día, antes que le viesen... ¡qué gozo proporcionar á la señorita aquel gusto, darle sus esfuerzos y sus torturas convertidas en flores!

Y como lo pensó lo hizo. Púsose de acuerdo con el chico del dueño de la huerta, salió á media noche, sin que le sintieran sus padres; pero cuando ya volvía triunfante con el codiciado botín entre los débiles brazos, abandonáronle las energías, agotadas en tan sobrehumano esfuerzo, perdió el color y el movimiento, bañósele en sudor helado la frente, sintió que se le velaba la vista y cayó sin sentido, abrazado á sus violetas.

Cuando el desdichado recobró el conocimiento era ya muy de día, y el temor á sus semejantes fue su primera noción de conciencia; levantóse trabajosamente, alegrándose infinito al hallar que no le habían robado sus flores, de donde infirió que nadie le había visto, y como distinguiese por el camino del Cementerio un

tosco y desnudo carro fúnebre de los de ínfima clase, que venía ya de vacío, arrastróse, tan deprisa como pudo, hasta él, y suplicó al cochero mortuorio que, por caridad, le llevase hasta la calle de Toledo.

Aupóle ágilmente aquel bárbaro, que, por lo visto, no era malo, hasta colocarle en la negra plataforma que acababa de ocupar un ataúd, y en aquella lúgubre carroza hizo el infeliz su entrada triunfal en los barrios bajos, denostado de chulos y verduleras, y apedreado y silbado de golfos que, como infernal escolta, íbanle siguiendo con formidable grita y zalagarda.

Era aquello espantoso y cómico, grotesco y trágico, algo tan absurdo y cruel como el entierro de un vivo, tan abyecto é irritante como el escarnio de la mayor desventura.

Aquel espantoso paseo de un monstruo en un carro fúnebre, seguido y burlado de toda la hez humana, de la misma que asiste á las *ejecuciones,* parecía un disparatado sueño del Bosco ó un *capricho* macabro de Goya.

Había en aquel cortejo perfiles y cataduras que debieron verse en torno de la carreta que llevó á la guillotina á los reyes de Francia, y aun en torno del Calvario.

Agarrado á uno de los pilares del carromato iba el pobre Moncho aturdido, anhelante, ahogándose de dolor y fatiga por aquella su calle de la Amargura, hasta que, al fin, sudoroso, demudado, lívido y hecho un mar de llanto, le descargó á la puerta de su casa el carrero de los muertos.

Acogiéronle con caricias y consuelos Mónica y Ramón, que prudentemente querían meterle

en la cama y restaurar, con reposo y alimento, sus acabadas fuerzas. Pero Moncho anhelaba coger el fruto de sus fatigas, la corona de su martirio, ofrecer él mismo á Mercedes las flores á tanto precio conseguidas. Y no hubo medio de impedírselo. Agarrándose con una mano á los escalones, mientras sostenía con la otra las violetas oprimiéndolas contra su pecho, ahogándole el sobrealiento, cubierto de sudor, pálido como un cirio, subía el desventurado las empinadas escaleras, hasta que ya sin aliento y casi sin conciencia de sí mismo, llegó á la puerta del segundo. Llamó á ella con los nudillos por no alcanzar al timbre, y acudió á abrirle la zafia criada.

—La se... e... ñorita, que venga la señorita—articuló el cuitado.

—¿Para qué la buscas?

—Para verla.

—Señorita Mercedes, aquí la espera *una visita*—dijo burlonamente la Maritornes.

—¡Ah, si es *cabeza!*—observó malhumorada Mercedes. —¿Qué se te ha perdido aquí?

—Venía... venía—balbuceó Moncho—á traer á usted estas violetas.

—¡Ah! vamos... y querrás la propina; por eso me llamabas.

—¡No, no! —gritó el pobre fenómeno, y toda la sangre afluyóle congestivamente al rostro. —¡Propina... Dios mío!

—¡Ja, ja, ja!—rió estrepitosamente Mercedes —¡Qué, se le ofende á su señoría la dignidad! Entonces... ¿qué demonios quieres?

—Darle estas flores—gimió él sin ventura, alargándole el ramo que traía abrazado, como

si fuera su propio ideal. Las manos de Mercedes se tendieron para tomar el obsequio, y Moncho creyó ver entreabrirse la gloria; pero de pronto gritó la caprichosa burguesita:

—¡Jesús, y están calientes! ¿Y quieres tú que tome yo esos yerbajos que traes ahí cociditos al calor de tu cuerpo? ¡No, no, qué asco!—Soltó de improviso las flores, que se desparramaron por el suelo como las ilusiones de Moncho, y cerró violentamente la puerta.

Moncho sintió de nuevo, y con mayor intensidad, el vértigo que le asaltó en el camino de San Isidro; sintió que la humanidad entera le abandonaba y le escarnecía, que la tierra se negaba á sostenerle, y queriendo correr hacia el único amor que le restaba, se lanzó vacilante hacia la escalera, dió un paso, pero nublósele la vista, se le cortó el aliento, zumbáronle los oídos, y... la triste cabeza enamorada rodó rebotando duramente contra las escaleras; hasta que, cerca ya del entresuelo, Mónica y Ramón recogieron en sus brazos al mísero cadáver, que no tenía ni la augusta dignidad de la muerte.

¡La cabeza, sí; la romántica y sangrienta cabeza ensoñadora, expresaba en su quietud y en su livor algo inefable... veíanse confundirse en ella, como en supremo crepúsculo, dos luces de lo alto: el amor y la eternidad!

¿Qué suerte hubiera sido la de Moncho, si no existiera más allá de ésta una vida sólo para las almas?

PATRIA

(IMPRESIÓN DEL NATURAL)

I

Á Emilio Ferrari.

En el comedor *restaurant* del gran balneario de X... se disfrutaba de blando sosiego y serena paz, que vigorosamente contrastaban con el zumbido formidable que rimbombaba en el otro comedor, en el general, donde á lo largo de luengas mesas, mal llamadas redondas, se codeaban en apretada hilera y en confusión promiscua gentes diversas, pintorescas y gritadoras si las hubo.

Oyendo de lejos la tumultuosa algazara, gustábanos saborear, por contraste, el benéfico reposo de nuestro comedor amplio y alegre como *serre* elegante—situado en un ángulo del edificio, estaba por una y otra fachada cerrado de cristales cubiertos de bordados *stores*,—y á un tiempo gozábamos de la cómoda independencia que ofrecen las mesitas particulares, y del suave trato de vecinos cultos y corteses.

El médico del establecimiento, el sabio doctor N., honraba nuestro comedor, y como con

todos tenía relaciones profesionales, estrechadas por la convivencia en aquel despoblado y por la franca libertad que impone la vida campesina y veraniega, sus afectuosos saludos y animadoras palabras de interés, vagando de mesa en mesa, fácilmente conseguían relacionarnos; y más de una vez pasó de grupo en grupo y rebosó de todas las copas el espirituoso y comunicativo *Champagne* con que nos obsequiamos unos á otros.

Uno de aquellos días en que la expansión era ya general y daba en bulliciosa, cortó de pronto la común alegría y verbosidad la aparición de una figura tristítisima, que dolorosamente desentonaba en aquel cuadro de lujo y animación jubilosa.

Érase un señor flaquísimo, valetudinario, envainado en un *complet* gris, que por todas partes le sobraba y se plegaba lacio como funda vacía, hombre tan esqueletado y consunto, que casi no tenía cara que revelase su edad, sólo se veía de su cabeza, bajo amplia gorra azul, una piel rugosa y ennegrecida, dos ojos hundidos y apagados, unos dientes blanquísimos, como los que resaltan en obscura calavera, y unos ralos mechones de barba y de pelo grises.

Involuntariamente le acogimos con un silencio impregnado de asombro doloroso, y una mirada larga y compasiva. Apoyábase el pobre enfermo—que más parecía moribundo—en el brazo de una señora alta, radiante de hermosura y juventud, pero como velada y envuelta toda ella en niebla de tristeza íntima, callada, mas tan intensa, que era penetrante, comunicativa, invasora.

—¡Pobre señor! ¡Es un esqueleto!—¡Un cadáver de pie! ¿Para qué harán viajar á los moribundos?—¡Y ella, qué guapa! ¡Qué simpática! ¡Qué triste! ¿Será su hija ó su mujer?—Tales exclamaciones y dudas cambiamos entre nosotros todos los agüistas aquella tarde en los paseos, ó en el salón por la noche.

Al día siguiente supimos por el médico que los recién llegados eran marido y mujer, y que él era marino, que contrajo aquella anemia de resultas de largos viajes y trabajos: nada más pudimos averiguar.

II

Pronto la asiduidad y el cuidado con que el doctor vigilaba las comidas del enfermo marino, el vivo interés que á todos nos inspiraba y la gratitud y amabilidad exquisitas con que él y su señora acogían aquel interés, extendieron entre ellos y nosotros lazos de afecto y simpatía, que en breve tiempo envolvieron al matrimonio en la red de comunicación afectuosa tendida entre las mesitas del comedor-*restaurant*, Por la mañana, en las galerías del balneario. recién bañados los unos, entrapajados los otros tras de la ducha, despeinadas las señoras por el polvo líquido de la inhalación, esquivábamos todo encuentro y saludo; pero, ya se sabía, al ver al marino, todos nos parábamos:—¿Qué tal la noche?—¿Cómo van esos ánimos?—¡Bien, bien; así nos gusta!—¡Verá usted qué bueno va á ponerse!—Y á la hora del almuerzo nuevas preguntas, y ofertas continuas:—¿Ha traído us-

ted libros? ¿Quiere leer tal novelita?—¿Desea usted café bueno, harto mejor que el que aquí dan? ¿Quiere tomar el té con un ron exquisito?

Y así todos nos deshacíamos en afectos y cuidados, tan efusivamente correspondidos, que siempre quedábamos los ofrecedores en deuda de agradecimiento. Todo era animarle, infundirle esperanzas; pero á nosotros mismos nos hacía daño la crueldad compasiva con que le engañábamos. ¡Era esperanzar á un moribundo! Cada día estaba más descaecido y apagado aquel espectro humano.

Únicamente en el comedor solía animarse un tanto con las humoradas cariñosas del doctor, con los chascarrillos y exageraciones exorbitantes de un malagueño, que nos hacía desternillar de risa; y, á veces, con las paradojas estupefacientes de un vizcaíno atrabiliario, discutidor á todo propósito, que, por el gusto de llevar la contraria, era capaz de sacar de sus casillas á la propia mansedumbre.

Uno de los últimos días de nuestra estancia en X..., día preotoñal, lluvioso y melancólico, víspera de la general desbandada y mutuas despedidas, el pobre enfermo estaba triste, abatidísimo; envuelto en el *plaid* que solía llevar sobre los hombros y ayudado de su mujer sentóse en su puesto, pero apenas probó bocado. Envióle el doctor no sé qué golosinas de su mesa y animóle á *engañarlas* con unos sorbos de excelente Rioja, regalo de otro bañista. Por aquellos momentos la conversación, saltando de asunto en asunto, volandera y caprichosa, había ido á dar en las sirtes y bajíos de la política; allí salió lo temporal y lo eterno, y, al

cabo, cayó el chubasco de la general indignación sobre quienes cae siempre, *nuestros gobernantes*, como si éstos no fuesen hechos de masa española y ayudados de complicidad nacional.—¡El ministro H... es un imbécil! ¡El ministro B... es un grandísimo bribón!—¡Vaya usted á hablarle de patria al granuja de X...!—gritó el doctor interviniendo. Y saltó el vizcaíno:—¡Patria! ¡Phs!... ¡Ante todo, habría que saber lo que es eso, y si existe!

Una bomba de dinamita, cayendo en medio del comedor, no hubiera pruducido mayor sensación. Pero... instantáneamente cada cual se olvidó de la emoción propia al ver al marino, al valetudinario, al cadavérico, erguirse, levantarse, arrojar al suelo el arrugado *plaid*, alzar en alto la mano en que tenía la copa de Rioja, que se derramó sobre el mantel de su mesa, como ola de sangre, y gritar con voz robusta, airada, formidable, que hizo retemblar la estancia como el estampido de un cañonazo: —¿Que si hay patria? ¿Que si existe la patria? ¡Y eso se pregunta delante de mí!—¡Por Dios, por Dios, Miguel!—suplicó la señora aterrada ante el sobrehumano esfuerzo que representaba aquella actitud de su marido.—¡Déjame!—gritó él, descompuesto y transfigurado á la vez —¡si no hablo, me muero aquí mismo! ¿Que qué es la patria, señores; y esto se pregunta delante del hombre que desde hace un año agoniza por ella, por esa cosa santa? Imagínense ustedes el calvario de un español, de un marino, de este hombre que les habla, á quien poco antes de la salida de la escuadra de Cervera le envía la superioridad á una república americana,

con cierta misión importantísima, que le obliga á guardar incógnito riguroso, hasta el punto de mentir la nacionalidad, fingiéndose inglés.

Aquí se detuvo el narrador para tomar aliento.—Pues bien, adivinen ustedes mi ansiedad en aquel país durante aquellos días de incertidumbre suprema en que el telégrafo y el cable eran prolongación del sensorio de todo buen español. La mitad de mi vida hubiera dado por una noticia, por breve que fuese; y en espíritu, me embarqué cien veces con la gente de Cervera, y tracé cien planes de empresas imposibles, y soñé con glorias sobrehumanas, y creí en el milagro..., y, poseído de esa esperanza, rezando—¡sí, señores, todos los marinos rezamos!—rezando con inefable oración por el triunfo de nuestra bandera, iba yo por la playa solitaria de aquella capital americana, cuando se me acercó un inglés compañero de hotel, que me tenía por compatriota, y me dijo, centelleándole de júbilo los ojos:—¡Hurra por nuestra raza! ¡España vencida, pulverizada, muerta! y me alargó el telegrama trágico. ¡No, no hay palabras que digan lo que yo sentí! ¡Hundirse la tierra, desplomarse el cielo, odiarnos nuestra madre... todo eso junto no impresiona más! La emoción debió demudarme, lo conocí en la cara del inglés, y entonces cobré conciencia de mi deber inflexible; mi patriotismo era allí ocultarlo, mentir, no parecer español... Y fuí más fuerte que la muerte que se derramó en mi sér con aquella noticia horrible, y me sostuve sereno en la brecha, mantuve enhiesto el pabellón, oí blasfemar de España, en su propia lengua, y no pestañeé, no vendí á la patria; pero...

¡mírenme ustedes, decrépito á los cuarenta y cinco años! ¡Muerto!

Y la voz del héroe se quebró, su cuerpo se plegó agotado por aquel supremo esfuerzo, cayó desplomado en la silla, casi en los brazos de su mujer, que con el pañuelo de encajes le enjugaba el sudor de la frente.

Delante de aquel grupo, todas las cabezas se inclinaron como delante de algo sagrado. Un silencio religioso envolvió la escena solemne. El comedor del balneario se llenó de un aura sublime; yo respiraba allí aquella aura flamígera y gloriosa que envolvió la cubierta del *Nepomuceno*, cuando Churruca, herido mortalmente, cayó gritando: "*No es nada. Siga el fuego*", la misma que flotaba en el *Parque* de Madrid el *Dos de Mayo*, la misma que seguiremos respirando los españoles mientras tengamos soplo de vida, cuando alguien niegue ante nosotros el santo nombre de la patria.